

# SANGRE DE TINTA

CORNELIA FUNKE

Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de  
Rosa Pilar Blanco

 Siruela

Biblioteca Funke

# ÍNDICE

## SANGRE DE TINTA

Palabras a la medida	15
Oropel	25
Dedo Polvoriento regresa al hogar	31
La hija de Lengua de Brujo	40
Farid	54
La posada de los juglares	69
La decisión de Meggie	86
La juglaresa	95
Meggie lee	109
El Mundo de Tinta	118
Desaparecida	127
Visitantes inesperados	132
Fenoglio	142
El Príncipe Negro	150
Sonidos ignotos en una noche ignota	162
Una simple mentira	169

Un regalo para Capricornio	176
La venganza de Mortola	185
Mañana de cumpleaños	194
Una visita del lado equivocado del bosque	209
El Príncipe de los Suspiros	217
Diez años	224
Frío y blanco	237
En el sótano de Elinor	239
El campamento del bosque	244
El plan de Fenoglio	254
Violante	263
Las palabras equivocadas	279
Nuevos señores	284
Cósimo	290
Elinor	300
El hombre equivocado	309
Muerte de hada	318
El recado de Bailanubes	322
Medicina de tinta	329
Gritos	336
Paja sangrienta	339
Audiencia a Fenoglio	351
Un nuevo emisario	368
Sin esperanza	383
La comitiva de los prisioneros	387
Un rostro familiar	400
Papel y fuego	404

El árbol ardiendo	412
Pobre Meggie	418
Una llamada a la puerta	421
Roxana	429
El castillo junto al mar	438
El molino	442
La mejor de todas las noches	454
Las palabras adecuadas	460
Orfeo furioso	474
Búho Sanador	477
En las mazmorras del Castillo de la Noche	487
Una carta de Fenoglio	492
Los oídos equivocados	497
Fuego y agua	506
Invisibles como el viento	511
Cabeza de Víbora	515
Fuego en la pared	526
En la torre del Castillo de la Noche	535
Y ahora, ¿qué?	542
La Tejonera	546
Todo perdido	554
El señor de la historia	557
Papel en blanco	562
Bondad y compasión	578
Visita	586
La noche anterior	590
Pluma y espada	594

Solamente un sueño	611
Intercambio	618
Arrendajo	632
La esperanza de Farid	639
De nuevo solos	642
Un nuevo poeta	646
¿Adónde?	653
Personajes	659
Nota bibliográfica	667

## SANGRE DE TINTA



Si supiera  
de dónde vienen los poemas,  
allí iría.

Michael Longley

Para Brendan Fraser, cuya voz es el corazón de este libro. Thanks for inspiration and enchantment. Mo no habría podido entrar en mi despacho sin él, y esta historia jamás habría visto la luz.

Para Rainer Strecker, Lengua de Brujo y Dedo Polvoriento a la vez. Cada palabra de este libro espera ansiosamente su lectura.

Y naturalmente, como casi siempre –last, but for sure not least–, para Anna, maravillosa Anna, que se hizo relatar esta historia a lo largo de numerosos paseos, me animó, me aconsejó y me hizo entender lo que era bueno y lo que necesitaba mejoras. (Confío mucho en que la historia de Meggie y Farid ya no le parezca corta.)

Reino del  
Príncipe Orondo



Umbra

Granja  
de Roxana

El Bosque  
Impenetrable

El Campa  
mento  
Secreto

Posada  
de los  
Titiriteros

Posada de  
la Frontera

Reino de Cabeza  
de Víbora



Fortaleza de  
Capricornio

Castillo  
de la Noche

Molino  
de los Ratones

Hospital  
de Incurables

El Mundo de Tinta



## PALABRAS A LA MEDIDA

Línea a línea  
Mi propio desierto  
Línea a línea  
Mi paraíso.

Marie Luise Kaschnitz, «Un poema»

Anochecía y Orfeo aún no había llegado.

El corazón de Farid latió más deprisa, como siempre que el día lo dejaba a solas con la oscuridad. ¡Maldito Cabeza de Queso! ¿Dónde se habría metido? En los árboles enmudecían ya los pájaros, ahogados por la noche que se acercaba, y las cercanas montañas se teñían de negro, quemadas por el sol poniente. Pronto el mundo estaría tan negro como ala de cuervo, incluso la hierba bajo los pies desnudos de Farid, y los espíritus susurrarían de nuevo. Farid sólo conocía un lugar en el que se sentía seguro ante ellos: detrás y muy pegado a Dedo Polvoriento, tan pegado que sentía su calor. Dedo Polvoriento no temía a la noche: es más la amaba.

—¿Qué, ya estás oyéndolos otra vez? —preguntó a Farid cuando se le aproximó—. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo?

En este mundo no hay espíritus. Es una de las pocas ventajas que tiene.

Estaba apoyado en una encina, escudriñando la calle solitaria. Más arriba un farol iluminaba el asfalto resquebrajado allí donde las casas, apenas una docena y muy juntas, se acurrucaban ante las oscuras montañas como si temieran a la noche tanto como Farid. Cabeza de Queso vivía en la primera casa de la calle. Detrás de una de las ventanas se veía luz. Dedo Polvoriento llevaba más de una hora sin perderla de vista. Farid había intentado muchas veces mantener la misma inmovilidad, pero sus miembros simplemente se negaban a permanecer tanto tiempo sin moverse.

—¡Voy a comprobar dónde está!

—¡No lo harás! —el rostro de Dedo Polvoriento permaneció inexpresivo como siempre, pero su voz le delató. Farid percibió la impaciencia... y la esperanza que sencillamente se negaba a morir, a pesar de la frecuencia con que había sido frustrada—. ¿Estás seguro de que dijo «viernes»?

—Sí. Y hoy es viernes, ¿no?

Dedo Polvoriento se limitó a asentir y se apartó de la cara sus cabellos, largos hasta los hombros. Farid había intentado dejar crecer los suyos, pero se le rizaban y encrespaban, rebeldes, y acabó cortándoselos al rape con el cuchillo.

—El viernes, más abajo del pueblo, a las cuatro, ésas fueron sus palabras, ¡mientras su chucho me gruñía como si sólo un chico moreno pudiera saciar su apetito! —el viento penetró por debajo del fino jersey de Farid, que se frotó los brazos, tiritando. Un buen fuego caliente, eso es justo lo que le gustaría ahora, pero con ese aire Dedo Polvoriento no le permitiría encender ni una cerilla. Las cuatro... Farid alzó los ojos hacia el cielo mascullando una maldición en voz baja. No necesitaba reloj para saber que era mucho más tarde—. Insisto, ese majadero engreído nos está haciendo esperar a propósito.

La fina boca de Dedo Polvoriento esbozó una sonrisa. A Farid cada día le costaba menos hacerle sonreír. A lo mejor por eso había prometido llevárselo consigo si Cabeza de Queso lo devolvía a su mundo. A un mundo creado con papel, tinta de imprenta y las palabras de un anciano.

«¡Bah!», pensó Farid. «¿Por qué iba a conseguir precisamente ese tal Orfeo lo que no habían logrado los demás? Muchos lo habían intentado... el Tartaja, el Mirada de Oro, el Lengua Mentirosa... Unos estafadores que les habían robado su dinero...»

Detrás de la ventana de Orfeo se apagó la luz y Dedo Polvoriento se enderezó bruscamente. Una puerta se cerró de golpe y en la oscuridad resonaron unos pasos presurosos e irregulares. Después a la luz de la farola solitaria apareció Orfeo, Cabeza de Queso, como lo había bautizado en secreto Farid, debido a su piel pálida y a que sudaba al sol igual que un trozo de queso. Descendía sin aliento por la empinada calle, con su perro infernal en pos de sí, feo como una hiena. Cuando Dedo Polvoriento lo descubrió al borde de la carretera, se detuvo y le saludó con una amplia sonrisa.

Farid agarró por el brazo a Dedo Polvoriento.

—Fíjate en su estúpida sonrisa. ¡Es más falsa que el oropel! —le susurró—. ¿Cómo puedes fiarte de él?

—¿Quién dice que me fio? ¿Qué diablos te pasa? Te noto muy inquieto. ¿Prefieres quedarte aquí? Automóviles, imágenes en movimiento, música enlatada, luz que ahuyenta la noche —Dedo Polvoriento saltó por encima del muro que le llegaba a la rodilla y que bordeaba la carretera—. A ti te gusta todo eso. Donde yo deseo ir te aburrirás.

¿Pero qué estaba diciendo? Sabía de sobra que Farid sólo ansiaba una cosa: permanecer a su lado. Se disponía a contárselo enfadado, pero un chasquido duro, parecido al de unas botas pisando una rama, le obligó a volverse, sobresaltado.

También Dedo Polvoriento lo había oído y, tras detenerse, escuchaba. Sin embargo, entre los árboles no se distinguía nada: las ramas se movían al viento, y una mariposa nocturna, pálida como un espectro, revoloteó ante la cara de Farid.

—¡Perdonad! ¡Se ha hecho algo tarde! —les gritó Orfeo.

Farid aún no acertaba a comprender que semejante voz pudiera brotar de esa boca. Habían oído hablar de esa voz en algunos pueblos, y Dedo Polvoriento había emprendido inmediatamente la búsqueda, pero no habían encontrado a Orfeo hasta justo una semana antes, leyendo cuentos a unos niños en una biblioteca, ninguno de los cuales reparó en el enano que de improviso salió a hurtadillas por detrás de uno de los estantes abarrotados de libros, ajados por el uso. Pero Dedo Polvoriento sí lo había visto y esperó. Cuando Orfeo se disponía a montar de nuevo en su coche, le enseñó el libro que Farid había maldecido más que a cualquier otro objeto.

—¡Oh, sí, lo conozco! —había musitado Orfeo—. Y a ti... —había añadido casi con devoción, escrutando a Dedo Polvoriento como si quisiera quitarle a fuerza de mirarlo las cicatrices de sus mejillas—, a ti también te conozco. Tú eres lo mejor de él. ¡Dedo Polvoriento! ¡El Bailarín del Fuego! ¿Quién ha leído para traerte a la más triste de todas las historias? ¡No digas nada! ¿Ansías regresar, verdad? Pero no encuentras la puerta, la puerta entre las letras. No importa. Yo puedo construirte una nueva, con palabras hechas a la medida. Por un precio de amigo... si eres realmente quien yo creo.

¡Precio de amigo! Y un cuerno. Tras haberle prometido que le entregarían casi todo su dinero, encima lo habían esperado durante horas en ese pueblo dejado de la mano de Dios, en aquella noche ventosa que olía a espíritus.

—¿Has traído a la marta? —Orfeo dirigió la linterna hacia la mochila de Dedo Polvoriento—. Ya sabes que a mi perro no le gusta.

—No, ahora está buscando comida —la mirada de Dedo Polvoriento cayó sobre el libro que Orfeo sujetaba debajo del brazo—. ¿Qué? ¿Has... terminado?

—Claro —el perro infernal enseñó los dientes y clavó sus ojos en Farid—. Al principio las palabras se resistieron. Quizá por lo nervioso que me sentía. Te lo advertí en nuestro primer encuentro: este libro —Orfeo acarició las tapas con los dedos—, era mi favorito cuando era niño. Lo vi por última vez a los once años. Lo robaron de la mísera biblioteca de donde lo tomaba prestado. Por desgracia fui demasiado cobarde para robar, pero nunca lo he olvidado. ¡Me enseñó para siempre lo fácil que es huir con palabras de este mundo y los amigos que se encuentran entre sus páginas, unos amigos maravillosos! ¡Amigos como tú, escupecfuego, gigantes, hadas...! ¿Sabes cuánto lloré por ti al leer tu muerte? ¡Pero vives, y todo se arreglará! Contarás la historia de nuevo...

—¿Yo? —le interrumpió Dedo Polvoriento con una sonrisa burlona—. No, créeme, dejo esa tarea a otros.

—¡Sí, claro, quizá! —Orfeo carraspeó, como si le resultara penoso haber desvelado demasiado de sus sentimientos—. Sea como fuere, me resulta muy enojoso no poder acompañarte —informó mientras se dirigía hacia el muro que bordeaba la carretera con andares extrañamente torpes—. El lector ha de quedarse, ésa es la regla férrea. Lo he intentado todo para deslizarme dentro de un libro, pero es de todo punto imposible —se detuvo suspirando, introdujo la mano bajo su mal sentada chaqueta y extrajo una hoja de papel—. Bueno, he aquí lo que me has encargado —comunicó a Dedo Polvoriento—. Unas palabras maravillosas, sólo para ti, un camino hecho de palabras que te devolverá a tu mundo. Toma, léelo.

Dedo Polvoriento, vacilante, cogió la hoja cubierta por letras delicadas, en posición inclinada, entrelazadas como hilo de coser. Dedo Polvoriento recorrió con el dedo las palabras,

como si sus ojos tuvieran que acostumbrarse a ellas, mientras Orfeo lo observaba como un escolar a la espera de su nota.

Cuando Dedo Polvoriento levantó la cabeza, su voz denotaba sorpresa.

—Escribes muy bien. Unas palabras maravillosas...

Cabeza de Queso se puso colorado. Parecía que alguien le había echado zumo de mora a la cara.

—Me alegro de que te guste.

—Sí, me encanta. Todo es tal como te lo describí. Sólo que suena un poco mejor.

Orfeo volvió a coger la hoja de la mano de Dedo Polvoriento con una sonrisa tímida.

—No puedo prometerte que la hora del día sea la misma —dijo con voz tenue—. Las leyes de mi arte son difíciles de dominar, pero, créeme, nadie sabe más de ellas que yo. Por ejemplo, sólo habría que modificar o seguir desarrollando un libro utilizando las palabras que ya figuran en él. Con demasiadas palabras ajenas no ocurre nada o acontece algo inesperado. Quizá suceda algo diferente si tú mismo eres el autor...

—¡Por todas las hadas, llevas más palabras dentro de ti que una biblioteca entera! —lo interrumpió Dedo Polvoriento con impaciencia—. ¿Qué te parecería empezar ahora mismo la lectura?

Orfeo enmudeció abruptamente, como si se hubiera tragado la lengua.

—Seguro —dijo con tono ligeramente ofendido—. Ya verás. Con mi ayuda el libro volverá a acogerte igual que a un hijo pródigo. Te absorberá como el papel a la tinta.

Dedo Polvoriento se limitó a asentir y contempló la solitaria calle en pendiente. Farid percibió cuánto ansiaba creer a Cabeza de Queso... y el pánico que sentía a sufrir otra decepción.

—¿Y qué pasa conmigo? —Farid avanzó hasta situarse a su

lado-. Habrá escrito también algo sobre mí, ¿no? ¿Lo has comprobado?

Orfeo le lanzó una mirada poco amistosa.

-¡Dios mío! -exclamó con tono burlón dirigiéndose a Dedo Polvoriento-. ¡El chico parece en verdad muy apegado a ti! ¿Dónde lo recogiste? ¿En alguna cuneta?

-No exactamente -repuso Dedo Polvoriento-. Lo sacó de su historia el mismo hombre que también me hizo a mí ese favor.

-¿Ese tal... Lengua de Brujo? -Orfeo pronunció el nombre con desdén, como si no acertase a creer que alguien se lo mereciera.

-Pues sí. Así se llama. ¿Y tú cómo lo sabes? -la sorpresa de Dedo Polvoriento era evidente.

El perro infernal olfateaba los dedos desnudos de los pies de Farid... y Orfeo se encogió de hombros.

-Tarde o temprano uno oye hablar de todo aquel que es capaz de insuflar vida a las letras.

-¿Ah, sí? -la voz de Dedo Polvoriento sonó incrédula, pero no siguió preguntando. Se limitó a mirar fijamente la hoja cubierta con la delicada caligrafía de Orfeo.

Pero Cabeza de Queso seguía observando a Farid de hito en hito.

-¿De qué libro procedes? -le preguntó-. ¿Por qué te niegas a regresar a tu propia historia y prefieres la suya, donde nada se te ha perdido?

-¿Y a ti qué te importa? -replicó Farid con hostilidad. Cabeza de Queso le gustaba cada día menos. Era demasiado curioso... y demasiado astuto.

Dedo Polvoriento, sin embargo, se limitó a soltar una risita ahogada.

-¿Su propia historia? No, Farid no siente ninguna nostalgia de ella. El chico cambia de historia como una serpiente de piel.

Farid percibió en su voz una suerte de admiración.

—Vaya, ¿eso hace? —Orfeo dirigió a Farid una mirada tan altanera que, de no haber estado allí el perro infernal que clavaba en él sus ojos hambrientos, al chico le habría gustado soltarle una patada en sus torpes rodillas—. Bueno —dijo Orfeo sentándose en el muro—. ¡A pesar de todo, te lo advierto! Leer para llevarte de vuelta es una minucia, pero al chico no se le ha perdido nada en esa historia. No puedo mencionar su nombre. Como has visto, tan sólo se habla de un muchacho y no te garantizo que eso funcione. Y aunque así sea, seguramente solo creará confusión. ¡A lo mejor incluso te trae desgracia!

Pero ¿de qué estaba hablando ese maldito individuo? Farid miró a Dedo Polvoriento. «¡Por favor!» pensaba. «¡Ay, por favor, no le escuches! ¡Llévame contigo!»

Dedo Polvoriento le devolvió la mirada. Y sonrió.

—¿Desgracia? —inquirió, y se le notó en la voz que sabía más que nadie de la desgracia—. Bobadas. El chico me trae suerte. Además es un escupefuego la mar de bueno. Él viene conmigo. Y esto de aquí, también —antes de que Orfeo comprendiera a qué se refería, Dedo Polvoriento cogió el libro que Orfeo había depositado encima del muro—. A ti ya no te hace ninguna falta, y yo dormiré mucho más tranquilo con él en mi poder.

—Pero... —Orfeo le miró desilusionado—. ¡Ya te dije que es mi libro favorito! De veras, me encantaría conservarlo.

—Bueno, a mí también —respondió Dedo Polvoriento entregando el libro a Farid—. Toma, y vigílalo bien.

Farid, estrechándolo contra su pecho, asintió.

—Gwin —dijo—. Todavía tenemos que llamar a Gwin —pero cuando sacó un poco de pan duro del bolsillo del pantalón y se dispuso a gritar el nombre de la marta, Dedo Polvoriento le tapó la boca con la mano.

—¡Gwin se quedará aquí! —exclamó—. Si le hubiera infor-

mado de que pretendía abandonar a su brazo derecho, Farid jamás le habría creído—. ¿Por qué me miras así? Al otro lado capturaremos otra marta, una que sea menos arisca.

—Bueno, al menos en lo que a eso concierne eres razonable —comentó Orfeo.

¿De qué estaba hablando?

Dedo Polvoriento, sin embargo, eludió la mirada inquisitiva de Farid.

—¡Venga, empieza a leer de una vez! —espetó a Orfeo con tono brusco—. ¿O es que vamos a seguir aquí plantados cuando salga el sol?

Orfeo le miró un momento como si quisiera decir algo. Pero después carraspeó.

—De acuerdo —dijo—. Tienes razón. Diez años en la historia equivocada es demasiado tiempo. Leamos.

Las palabras.

Las palabras llenaron la noche como el aroma de flores invisibles. Unas palabras hechas a la medida, creadas a partir del libro que Farid sostenía con firmeza, ensambladas por las manos de Orfeo, pálidas como la masa, hasta adquirir un nuevo sentido. Hablaban de otro mundo, de un mundo lleno de prodigios y espantos. Farid aguzó los oídos, olvidándose del tiempo. Ya ni siquiera confiaba en su existencia. Sólo existía la voz de Orfeo, que no armonizaba en absoluto con la boca de la que brotaba. Lo hacía desaparecer todo, la calle llena de baches y las casas míseras del final, la farola, el muro sobre el que se sentaba Orfeo, incluso la luna sobre los árboles negros. Y el aire desprendió de repente un olor exótico y dulzón...

«Puede hacerlo», pensó Farid, «claro que puede», mientras la voz de Orfeo lo cegaba y ensordecía para todo lo que no estuviera compuesto de palabras. Cuando Cabeza de Queso calló de repente, miró confundido en torno suyo, mareado por el sonido melodioso de las palabras. ¿Por qué seguían ahí

las casas y la farola oxidada por el viento y la lluvia? También estaban Orfeo y su perro infernal.

Sólo uno había desaparecido. Dedo Polvoriento.

Farid, sin embargo, continuaba en la misma calle solitaria. En el mundo equivocado.

